

TERCERA PARTE

I

El otoño vino, contra los hábitos climatológicos de la comarca, destemplado y tristón. Fuertes huracanes castigaban al valle. Cuando cesaban, una lluvia mansa descendía del cielo, perpetuando el estado pantanoso de la campiña. Las semillas se inutilizaban por sobra de humedad, como antes por falta de ella se perdieron; podriánse los raros frutos, sin llegar á su madurez; las raíces se hinchaban, se atrofiaban, perdiendo fuerza para traer savia á los tallos; la nieve no cuajaba en las cumbres: se deshacía apenas caída en ellas, engrosando los torrentes, volviendo cascadas los arroyos. El río desbordaba, amenazando al barrio pobre, convirtiendo sus calles en un inmundo barrizal.

La situación de los campesinos empeoraba por instantes. Durante las primeras semanas subsiguientes al terremoto hallaron protección. Los socorros, aun cercenados, aun mal distribuídos, llegaban á los pobres y les dejaban malvivir. Pasado el momento teatral, la emoción escénica del desastre, la piedad colectiva cesó. Otras novedades llamaron la curiosidad de las gentes. Nadie recordaba á los obre-

ros merinenses; entregados á sí propios quedaron. El barrio de la limosna se erguía blanco, coquetón, completamente terminado. Algunos propietarios trasladaron á él su residencia. Otros, comprendiendo que las viviendas indemnizadoras eran más cómodas, más habitables que las deshechas por el terremoto, subieron los precios de alquiler, haciéndolas imposibles para los jornaleros. Andando el tiempo, aquel barrio se incorporaría al pueblo rico. Los campesinos le miraban rencorosamente. El rencor de sus miradas acrecía cuando al pueblo rico las alzaban.

¡Ah, las casas blancas, de azoteas morunas, hechas por las flores jardín; de balcones fastuosos, de interiores limpios, de mueblaje deslumbrador! Dentro de ellas estaban los amos, los que comían bien y dormían mejor, mientras ellos dentelleaban mendrugos y descabezaban sobre un petate el sueño. Allí vivían las mujeres é hijos de los amos, ellas bien nutridas, con un vestido para cada trajín y un manjar para cada envite de su glotonería; los niños derramando salud por sus carnes robustas; alegría por sus bocas risueñas y por sus ojos chispeantes. Allí estaban los mozos que gallardeaban por las calles á lomos de jerezanos potros, y jugaban ríos de plata en el casino, y vaciaban "venencias," y "venencias," en sus bodegas abarrotadas de toneles; allí estaban las mozas que, flor en moño y bata de encajes en cuerpo, cortejaban con sus galanes desde rejas adornadas con multicolores campanillas, dando su amor, al elegido, entregando su alma, como entregarían su carne, á quien les placiera ó conviniese.

En cambio, los mozos jornaleros buscaban, sin hallarlo, un jornal, y pasaban por frente de las mozas con las cabezas caídas en vergüenza de su forzosa holganza, de sus remiendos y de su palidez. ¡Y las mozas!... A la rebusca iban con sus madres por encinares y rastrojos, á servir, si ello se conseguía, en casa de los ricos; á ofrecerse á éstos en mercancía, á darse, no por voluntad, no por decretos del amor, por necesidad, por decretos del hambre; ó á sufrir el hambre, viendo caer la lluvia del cielo en anchos lagrimones.

Arriba, en la montaña, también era extrema la situación de los carboneros.

Manuel salía de su vivienda á los amaneceres, en busca de caza. Cuando la encontraba, cuando alguna pieza se rendía á los plomos de su escopeta, María bajaba á revenderla en los pueblos de la falda opuesta del monte. Con el producto de la venta adquiría un puñado de comestibles, para malvivir en estrecha cuaresma, tres ó cuatro días. Al igual de ellos dos, se las arreglaban los demás carboneros.

Lo peor era que la caza, acosada, perseguida sin tregua, se huía de los montes. Más abundaban para los cazadores las noches de retorno con las manos vacías que las de estimable botín.

Andresón mostrábase con todos esquivo. ¡Aquella hija suya le traía el alma en un puño!... ¡Ella, tan hecha por los mimos y los afanes de su padre á vivir como una señorita! ¡Ella, tan melindrosa en el comer, obligada al presente á tragar la bazofia! ¿Qué iba á ser de Irene cuando todo faltara? ¿Qué haría él para evitarle privaciones?

Y no eran lo más malo los recelos del padre, lo más malo era, y de ello estaba ayuno el padre, que Irene se resignaba muy trabajosamente á tan angustioso pasar. Aquella mañana había que ir al pueblo en busca de una casa de préstamos donde anticiparan alguna suma por el vestido dominguero de la muchacha. No había en la casa dos reales. Andrésón llegó hasta empeñar su escópeto de dos cañones; diéronle por ella diez duros, pero se habían concluído, y, primero que ellos, otros, importe del reloj, de la capa, de los zajones, de todas sus prendas en buen uso; sólo cuando éstas acabaron, puso mano en las prendas de su hija. La puso temblando, llorando lágrimas silenciosas que caían lentas, escaldando sus curtidas mejillas.

— ¡Es necesario! ¡Es necesario! —decía Andrésón sollozante, casi prosternado ante su hija. — ¡No lo puedo evitar!... ¡Ya ves, hasta la ropa de tu madre, el vestido con que ella se casó está abajo, en la tienda de don Timoteo! Allá, sobre el mostrador, lo tiraron. Allá fué embutido en un armario; el traje que conservé como reliquia; reliquia era, reliquia que aún guardaba el calor del primer abrazo que nos dimos.

La muchacha oía á su padre con la vista en el suelo y las manos engarfiadas detrás de la cintura.

— No hay otro remedio, hija. Anda, cójelo, llévalo. Que te den lo que sea y vuelve. Al menos por unos días no pasarás tú privaciones. No habrás de ensuciarte el estómago con asquerosidades, ante las cuales torcerían el hocico los guarros. Tengamos paciencia, los tiempos cambiarán.

— Trazas llevan — murmuró Irene.

— Cambiarán, cambiarán. Anda pronto, pa que puedas estar de vuelta antes que se venga encima la noche. Yo esta noche no vengo; voy con Manuel al acecho de unos jabalíes, que, según dicen los pastores, andan por el monte. Lo más probable es que nos los topemos. En fin, se hace lo que se puede. Tú, con lo que te den, compra, pa guisártela, alguna cosa buena. Yo me llevo este medio pan. Hasta mañana. Si algo ocurre, no tienes más que llamar al chozo de Mariano.

Andrésón enjugó sus lágrimas con el dorso áspero de la mano; cojió un escopetucho de pistón, reforzado con vueltas de bramante; metió el medio pan en la faja, y salió del chozo sin volver la cara hacia donde quedaba su hija.

Esta, pálida, cejijunta, hizo camino al arca guardadora de sus vestidos. En el fondo del arca lucía el traje dominguero: una falda de seda con tres anchos volantes; un justillo de terciopelo y un pañuelo manilense de talle, plantel de claveles y rosas. Desdoblándolos poco á poco, los dejó caer sobre la cama, juntamente con un estuche donde brillaban los pendientes de aljófar y la gargantilla de coral rematada por una crucecita de oro.

Un gran suspiro levantó el pecho de la moza cuando contempló extendidos frente á sus ojos, acaso por la postrera vez, aquellos arreos. Para envidia de hembras y deslumbramiento de galanes ciñólos en otras ocasiones. Y no sólo ganó con ellos el entusiasmo y la afición de los de su igual. Muchos señoritos la rindieron parias y elogiaron su gentileza cuando al compás de la guitarra ó al son de los crótales bai-

laba el fandango, haciendo retemblar sobre su garganta la crucecilla de oro, sacudiendo los pendientes de aljófar á cada vaivén de la cabeza, los flecos del pañuelo á cada encorve de los brazos, los volantes del faldellín á cada giro de los pies, calzados con zapatitos de charol.

Pues, ¿y cuándo cantaba la serrana ó el polo bajo el emparrado del mesón? Entonces su falda, recogida contra el asiento, se abombaba graciosamente, el aire jugueteaba con los volantes para mejor descubrir el arco gallardo del pie, los bravos arranques de la pierna. Los pendientes rozaban sus mejillas con suavidades besadoras; la gargantilla temblaba en su cuello, y, al ir y venir de su pecho, alzabase y deprimíase el mantón de espumilla como una ola de carmín y de nácar.

En corro se agrupaba junto á ella el señorío, para oír sus cantares, para rematarlos con olés y requiebros. No era el más corto en prodigárselos Juanito, el hijo del cacique, aquel buen mozo que tenía los duros á montones y á espuestas la gracia. ¡Bien la rondó y la cortejó! ¡Bien la rondaba y la cortejaba aun, pidiéndola una mijita de cante y baile para él solo! ¡Bien le enviaba recaditos con la tía Bibiana, la cintera!... ¡Si ella hubiese querido!... Claro estaba que no. Pero, vaya, que era orgullo para ella, ver al señorito con más postín del pueblo, echar tras su garbo cuando paseaba las calles con su domingueró vestido y su mantón de flores y su gargantilla de coral y sus arracadas de aljófar!

Había que dar un adiós á las prendas y bajar con ellas al pueblo, no á lucirlas sobre su juncal cuerpe-

cito, á dejarlas en el mostrador de don Timoteo, á volverlas duros para cumplir con el estómago, ¡y si el adiós fuera sólo al vestido! Al cante y al baile tendría que dárselos también. ¡En fin...!

Haciendo con este "en fin," resumen de sus cavilaciones, lió Irene sus arreos en una colcha vieja, metióse en la faltriquera el estuche y se dirigió hacia la puerta. En ésta apareció una viejecilla cetrina, desdentada, con ojos de ribete sanguinolento y cabellos grises caídos en mechones por entre los pliegues de un pañuelo roñoso. Al brazo traía un gran cesto. Era Bibiana la cintera.—¿Aonde vas, mozita? —le dijo á Irene con voz melosa que entre sus encías temblaba. ¿Te metiste á cosario?

—Voy al pueblo.

—¿Al pueblo? A algún mandao de Andresón, ¿no es verdad? Ya podía pensar que cargas tan grandes no son pa tus brazos. ¡Otras cosas debes tú recojer en ellos, bendición de la gloria!—Vaya, pues si bajas al pueblo, bajaremos juntas las dos. Aquí no hago más que perder las horas sin vender una perra de cinta. ¡Claro!... ¿Quién va á comprar? ¡Pa compras están los bolsillos! Jambre en el llano, jambre en la sierra, jambre en todo lo que abarcan los ojos!.. Esto es el acabóse. Menos mal aquéllos que tien medios pa evitarlo. Tó está en que los pongan y no tiren la fortunilla que Dios les envía por una torrentera. ¿Conque al pueblo? ¡Si vieras cómo andan allí los del jornal!... ¡Una lástima, criatura!.. Quien no se hace en la tripa una cruz, se hace cuatro. De allí me he salío antes de amanecer, luego de venderle al señorito Juan unas cintas de sea que me encargó pa

los avíos de una jaca. ¡Viva el rumbo y quien pue tenerlo! Un Alfonso me dió, á más del coste. Es un mozo juncal. Por supuesto que, como siempre, estubo cencerrándome contigo y dándole conque quié que le dediques un ratillo de cante y baile. Ahí ties uno que no pasará jambre, ni la pasará denguno de los que estén á su verita manque se sequen toas las viñas y tós los trigales y toitos los encinares de este mundo reondo. ¿Conque pa el pueblo vas? Echa adelante, prenda, y mete en mi cesta ese lío pa que te quén los dos brazos libres y puas moverlos al compás de tu cuerpo jacarandoso. ¡Ay, niña! ¡Cuidiao si eres flamenca!

Monte abajo echan las dos mujeres evitando los despeñaderos, hollando las sendas que trazaron en sus andanzas ganados y pastores; monte abajo van los arroyos, brincando á un lado y otro de sus cauces de piedra; monte abajo saltan los torrentes, perdiéndose en los negros abismos. El viento gime en el encinar; las nubes flotan á su impulso.

Monte abajo van la vieja desdentada y la moza trigueña. Ésta delante; la vieja detrás, empujándola suavemente con el reborde de su cesto, donde bailotea el dominguero traje. Por un desgarrón de la colcha salen flecos del mantoncillo, en rosas y claveles bordado. El aire juguetea con ellos, esparciéndolos al azar.

II

Manuel, recostado en un poyo frente á la chimenea, huérfana de lumbre, engrasa su escopeta. Espera á Andresón, con quien saldrá al acecho de los jabalíes anunciados por los pastores. ¡Ojalá cayasen un par de ellos! Proporcionarían carne para la comida y para la venta. Los perniles y la cabeza serían bien pagados por pasteleros y fondistas. El resto podía utilizarse. algo en fresco y lo demás en sazón.

Si no daban con los jabatos, mal día siguiente aguardaban á él y á su compañera. En el almuerzo consumieron las habichuelas últimas, hervidas con un cacho de tocino rancio. Para la noche dejóse el cacho de tocino; untado con pan serviría de cena á la mujer. El hombre, con un mendrugo había suficiente. Malo fuera que no volcase cualquier pajarraco. Asado á llama de romero, sabriales á gloria, aunque tuviese negra la carne y la piel dura.

De un par de semanas á entonces muchos trabajadores, compañeros antiguos de Manuel en la disuelta sociedad, visitaban su casa. Al principio subieron uno á uno, sin previo acuerdo, por impulso de sus

espíritus acongojados, por instinto animal de apoyarse, frente al peligro, en el más fuerte y más resuelto de la grey.

Pronto las visitas parciales se trocaron en colectivas, y la reunión en congreso de maltratados. Las voces rencorosas y doloridas, subía á la techumbre con el humo de las colachas; formaba éste nubarrones que descendían, espesándose, sobre los hombres hasta envolverlos y convertirlos en fantasmas, en imágenes de aquelarre todas puños y boca. Las bocas hablaban mordientes; los puños, desdibujados por la niebla, tornábanse monstruosos. Ascendían lentamente á la atmósfera y caían de golpe, aplastando el humo, que vibraba á su empuje.

—No era posible permanecer durante más tiempo en aquella inactividad, en aquella resignación pasiva que aniquilaba á los obreros. Al presente eran bestias famélicas vagando sin rumbo por la campiña hostil, por las calles inhospitalarias. Dentro de poco, de unos días tal vez, agonizarían sobre las piedras y entre los surcos para botín de grajos. Mientras el verano duró, aún se pudo engañar al vientre. ¡Ahora, ni eso. Ahora el invierno con sus escarchas, con sus árboles y sus plantas desnudos de hojas, con sus noches inconcluibles y sus días negros!

—Ante ese presente, ¿qué harían los hombres del jornal? ¿Aguantarse?, ¿dejarse morir? Las hembras jornaleras respondían que no. Más resueltas, más bravas que sus machos, les mostraban la alhacena vacía, el fogón desierto, los trapos que mal encubrían sus carnes. Luego, alzando á sus criaturas en alto, arrojábanlas contra sus padres en actitud de

locas, gritando:—¿Es que vamos á perecer con los brazos cruzaos? ¿Es que vais á dejar perecer á los hijos? ¿En qué pensáis los hombres? ¿Pa que os llamáis hombres, si cuando llega la hora de serlo, no lo sois?

En la reunión celebrada la anterior noche, la actitud de los amigos de Manuel se concretó en esta frase, pronunciada por el más viejo:

“Si comen los ricos, que coman los pobres también. De no... Que los jornaleros del monte se incorporen á los del llano. Si ello ocurre, algo haremos. Decir algo, quiere decir que se hará tó.”

Los hombres se despidieron y echaron sierra abajo. Manuel quedó solo.

En toda la noche no durmió. Ni acostarse, ni desnudarse quiso. Inútil fué que María le requiriera con amantes palabras. Inmóvil en su asiento el carbonero, meditaba.

—No era la voz de unos desesperados la que vibraba en sus oídos reclamando justicia; era el grito de una humanidad á quien se dejaba morir sin asomos de caridad, sin vislumbres de fraternal amor. Aquel grito entrábasele al carbonero en el alma. Obraba á un tiempo en ella como el hielo y como la llama: la helaba y la encendía. La helaba de espanto; la encendía de piedad y de cólera; de piedad para los torturados, de cólera para quienes les torturaban. No había que bajar la cabeza; había que erguirla. La resignación es virtud cobarde; la humildad patrimonio de esclavos: ¿Por qué detenerse y dudar? ¡Que reventase la caldera! Claro, que al reventar, sería la primera en hacerse cachos, pero estos cachos rom-

perían, desgarrarían, pulverizarían lo que al esparcirse toparan.

—A más— Manuel al pensar en esto sonreía,—si el hecho se realizaba; si la pelea se libraba en el valle, no representaría, para los conscientes, para los que estudian el avance social, una acción aislada, una venganza de hombres enloquecidos. Aquellos hombres serían la vanguardia de un incontable ejército; el ejército de la humanidad, explotada, estafada en sus dos entrañas más nobles, la que digiere y la que piensa; el primer golpe colectivo, la primera legión del mundo nuevo presentando al viejo combate.

Durante el viaje á los cabezos, habló á Andresón de su última entrevista con los compañeros del valle, del propósito que ellos tenían y del auxilio que reclamaban por parte de los carboneros. Andresón era el jefe; á él tocaba explorar voluntades y resolverse, luego de explorarlas, en un sentido ú otro.

Andresón resistía. El amor de su hija, el temor de su desamparo, si él perdía la libertad ó la existencia, restábanle fuerzas, tiraban de él obligándole á dar razones especiosas, disculpas tímidas...—No, no era momento... Más adelante acaso... Traía grave responsabilidad embarcar á los carboneros en una aventura cuyo fin nadie podía prever... Quien tuvo larga la paciencia, alargárala un algo más... Que le concediesen un plazo; necesitaba reflexionar antes de dar repuesta.

—En resumen, dices que no—interrumpió Manuel, cortando en seco las excusas—. Bien está. Después de todo, el hambre procederá contigo ó sin tí. Hoy el jefe es él. A este jefe no se le entretiene con disculpas.

No hablaron más de aquel asunto. Prevenidas las escopetas, metiéronse por los cabezos interrogando á los pastores. Estos les guiaron con auxilio de sus mastines y de sus perrillos de rastro.— Los jabalíes eran vejancones. Había un macho con dos colmillos que repasaban de la terciá; un buen mozo, de cerdas como púas y ojos asesinos inyectados en sangre. Hicieran puesto los cazadores entre los jarales del hondonal y los pastores con sus perros les ojearían la caza y la echarían pa el hondonal, caso que la toparan. Eran muy astutos los bichos. Viejos y acosaos á toa hora, ya era faena ponerlos á cañón.

Fué vano el acecho de tarde y noche: los jabalíes no asomaban. A su persecución se dedicaron desde el amanecer hasta la postura solar. Ya entre sombras, desesperanzados, rendidos, dieron vuelta á los chozos. En el camino, Manuel se colgó dos pajarracos éticos. Andrés tuvo más suerte: una torcaz se le atravesó por la mira de la escopeta y cayó redonda al disparo.—Enterita se la engulliría su Irene.—Los pajarracos de Manuel no valían cosa; pero ¡qué demonio!, ya se ablandarían en fuerza de cocer.

Al entrar Manuel en su casa, halló á María de bruces encima del camastro.

—No has comido desde anoche; ¿verdad?— preguntó.

—No es eso... Es...

—¿Á qué negar, María? ¿Por qué no fuiste en busca de algo á cualquier chozo?

—Pa ellos lo querrían.

—Cierto es. Ahí te van esas dos carroñas; guísalas como puedas. Mañana...

La puerta se abrió bruscamente. En su marco apareció Andresón convulso, con los ojos fuera de las órbitas.

— ¡Mi hija!... ¡Mi hija!... — gritaba entre sollozos y ruidos.

— ¿Tu hija? ¿Qué?

— No estaba. No está en mi chozo. Salió ayer al mismo tiempo que nosotros, en dirección del pueblo, á empeñar su ropa de fiesta. ¡No ha vuelto! ¿Qué es de ella? ¿Qué será de mi hija, Manuel? Me han dicho que bajó con Bibiana, con la cintera.

— ¡Con la Cintera! — interrumpió María.

— Con ella, sí, con ella. Pero, ¿dónde está la hija mía?

— ¡Pobre Andrés! — murmuró Manuel apoyando cariñosamente su diestra en el hombro del carbonero.

Luego, irguiéndose desafiador, dijo con voz dura:

— El hambre tiene dos maneras de herir: Unas veces, mata; otras, deshonra. Vamos al pueblo. Allí sabremos lo que ha sido de tu hija.

III

— No seas tontica, y descansa y arreflexiona un poco antes de empeñar ese vestío, con el cual estás mesmamente que un cacho de cielo en dos pies. ¿Qué te ha dicho á tí don Juanito, cuando le hemos encontrao en la calle? Pues te ha dicho que estaría la mar, pero la mar de sastifecho, si tú bajaras esta tarde conmigo á cantar y á bailar en la merienda con que obsequia á esos matrimonios de Madrí. No es una juerga de tropel, ya lo oíste; es una reunión decente, ande irán presonas honrás, talmente como tú. Pon que vas. Cantas un ratillo, te bailas otro, te tomas una caña, pa que no te llamen plamplina, y tu buena propina no te la quita el *sursum*. ¡Lo menos un billete de á cien! Don Juanito no los gasta más ruines. Guardas el billete, y á la tardecita echamos pa el monte, sin que hayas tenío que poner á réitos la ropa y las arracás y la gargantilla de coral. Ya ves si es fácil echarse los apuros atrás sin perdia de la conduta. Eso no te lo aconsejara yo por tós los billetes del Banco.

Así conversaba con Irene, dos horas después de llegadas al pueblo, Bibiana la cintera. Así continua-